

Charlotte Perkins Gilman “Sé Sabia”*

—Es un nombre raro —dijo el periodista.

—No más raro que el otro —dijo la periodista—. Como sabes, hay dos: Sé sabia (Beewise)¹ y Sumanera (Herways).

—Me recuerda a algo —dijo él— como una cita, ¿te suena?

—Creo que sí —dijo ella—. Pero no voy a decírtelo. Tendrás que descubrirlo tú solo.—Y rió en voz baja. Pero el periodista no conocía la expresión.

Ambos habían sido enviados por distintos periódicos para escribir acerca de un par de pueblos que estaban creciendo en California y que se habían construido con tal velocidad y, a la vez, con tal discreción, que no había sido hasta ese momento, una vez prósperos y sólidamente establecidos, que el mundo había advertido algo extraño en ellos.

Parece sumamente improbable en la tierra de los más agresivos y denodados periodistas, pero así era.

Uno de los pueblos era un pequeño puerto marítimo, un pequeño rincón resguardado, ya de antemano bastante delimitado por las colinas de la costa. El otro se levantaba más allá de las colinas, en un hermoso valle que gozaba para él solo de dos preciosos riachuelos que bajaban por los pequeños y escarpados cañones hasta el mar, en blanco vivo durante la estación lluviosa, en calma y discreción durante el resto del año.

El periodista redactó la historia con su estilo más descriptivo, ornamentándola allí donde parecía oportuno, callándose los hechos que podían sonar contradictorios, y esmerándose en poner encima de todo un gran interés por el sexo y el atractivo de vagas sospechas.

El hecho destacable de los dos pueblos era que su población consistía en gran parte de mujeres y, sobre todo, de niños, aunque también había hombres, que parecían felices y respondían con benevolencia a las preguntas de los periodistas. Esos habitantes masculinos negaban hallar nada peculiar o ultrafemenino en los asentamientos, y un afable joven inglés les aseguró que la desproporción no era mayor que en Inglaterra. “O en algunos de nuestros pueblos de Nueva Inglaterra —dijo otro ciudadano— dónde todos los hombres han partido hacia el oeste o hacia grandes ciudades, y queda un gran municipio de mujeres mustias con algunos pastores y empleados.”

Las preguntas de la mujer fueron más profundas y acaso menos ofensivas; en cualquier caso, llegó a conocer más que el periodista sobre la verdadera naturaleza del rápido crecimiento de la población. Cuando los dos entregaron sus reportajes, cuando todos los demás periódicos enviaron sus representantes, y más adelante se escribieron artículos de revistas con impresionantes fotografías, cuando recibieron informes de visitantes aceptados y de turistas; entonces, naturalmente, se empezó a tener un conocimiento más completo que al principio. Pero nadie llegó a tener una visión tan clara de todo aquello como la que le fue dada a la reportera aquel día en que descubrió que la alcaldesa de Sumanera era una antigua compañera suya de universidad.

La historia era mucho mejor que el artículo que había enviado, pero además de periodista era mujer, y respetaba la confidencialidad.

Al parecer, todo empezó en aquella clase, el año posterior a que la reportera dejó la universidad, forzada a abandonar la educación y a aprender un oficio para vivir. En la clase de

* Traducción de Gabriel Matelo. Nota: En contraste con la ideología masculinista de la RAE, he optado por usar el femenino como universal de género.

¹ El significante ‘Beewise’ juega con el verbo ‘to be’ y con el sustantivo ‘bee’ (abeja); por lo que se connota el ser sabio/a como las abejas en la constitución de una comunidad industriosa y organizada. (N del T)

cuarto había un grupo de mujeres de estilos marcadamente diferentes, y sin embargo muy similares en sus ideas y objetivos principales, que habían ido creando durante sus cuatro años de vida universitaria una pequeña hermandad. La llamaron «El Club de la Mañana», lo que sonaba de lo más inocente, y mantuvieron el secreto entre ellas. Todas eran chicas con fuerte personalidad, cada una con un propósito concreto en cuanto a aquello a lo que deseaban dedicar su vida.

A una de ellas la llamaban «Madre», porque su corazón y su cerebro estaban dominados por el amor a los niños, el pensamiento de los niños, el deseo de cuidar de ellos; y muy cerca de ella estaba la «Maestra», seguida de una tercera, la «Enfermera», creando un grupo dentro de un grupo. Estas tres solían tener discusiones interminables entre ellas, con grandes planes vagos acerca del futuro.

También estaba la «Ministra», la «Doctora», y a la que tenía más visión de futuro la llamaron la «Estadista». A una muchacha robusta de frente cuadrada le pusieron el mote de «Directora» por razones claramente evidentes, como con la «Artista» y la «Ingeniera». Había unas doce o veinte, todas con una profesión distinta, pero semejantes en su determinación a practicar dichas profesiones, casadas o solteras, y en su vívida esperanza en mejores modos de vida. «Avanzadas» como eran en sus ideales, incluso para la época de progreso en que se encontraban, se unieron sobre todo por las solemnes palabras de la Ministra, la cual siempre les inculcaba el poder de la solidaridad.

Justo antes de graduarse sucedió algo en especial. Le ocurrió a la Directora, quien convocó una reunión especial para presentar el acontecimiento ante el club.

La Directora era una chica sencilla, fuerte y calmada. Era la que siempre rebosaba planes y poseía la extraordinaria capacidad de llevar a cabo sus propuestas; una chica que siempre había anhelado trabajar duro para vivir por sí misma, tanto por elección como por necesidad, y le gustaba la perspectiva.

—¡Chicas! —dijo una vez todas estuvieron reunidas y calladas— Tengo noticias para vosotras. ¡Excelentes noticias! No osaría sorprenderlas de esta manera, pero pronto todas estaremos desperdigadas y desorganizadas. ¡Es el momento perfecto! —Miró las caras impacientes de su alrededor, disfrutando de la sensación que había creado entre ellas.

—Decía... ¡miren! —interrumpió de repente—. Ninguna de vosotras está prometida, ¿no?

Alguien levantó tímidamente la mano.

—¿A qué se dedica?—prosiguió la oradora—. No me importa quién es, y sé que merece la pena o si no, no te hubieras fijado en él; pero ¿a qué se dedica?

—Aún no lo tiene claro —respondió la Ministra dócilmente—, pero creo que quiere poner una fábrica.

—Ninguna objeción hacia tus ideales, supongo. —Era más bien una afirmación que una pregunta.

—Dice que me dedicará todos los domingos, si lo dejo tranquilo en casa entre semana— respondió la Ministra con una risita.

Todas sonrieron con aprobación.

—Aprobado —la Directora estaba rotundamente de acuerdo—. Entonces, chicas, para no tenerlas más tiempo sobre ascuas, lo que me ha sucedido es... que he recibido diez millones de dólares.

Se hizo una pausa. Después aplaudieron con alegría.

—¡Qué bien para ti!

—¡Hurra por Margery!

—¡Te lo mereces!

—Di, ¿vas a invitarnos, no?

Estaban tan contentas como si la súbita enorme fortuna fuera propiedad común.

—¿Un tío fallecido largo tiempo atrás, Marge?

—Tío abuelo; el hermano de mi abuela. Fue a California con los de la fiebre del oro en 1849; se perdió, por razones que sólo él sabe, sospecho. Encontró algunas prodigiosas minas de oro: filones de buena calidad y pepitas, y pasó años acumulándolo e invirtiéndolo.

—¿Cuándo murió? —preguntó la Enfermera en voz baja.

—No está muerto; pero no creo que le quede mucho —respondió la Directora despacio—. Parece que contrató gente para vigilar a la familia y ver cómo eran. Dijo que no quería arruinar la vida de ningún necio con todo ese dinero. Le gustó mi crónica, dijo —se rio entre dientes— ¡dijo que en su corazón yo era un hombre para él! Y ha venido aquí para que nos conozcamos y transferirlo todo antes de que muera. Dice que es más seguro el regalo de un vivo que la herencia de un muerto.

—¡Y te lo ha *dado* todo a ti!

—Tan cierto y seguro como parece. Dice que tiene suficiente como para terminar sus días en paz. Está bastante viejo... Entonces, chicas, —dijo muy animada— este es mi plan: parte de esta propiedad son tierras en California, tierras y agua. Un valle elevado, un pequeño puerto en la costa (una base económica, como pueden ver) y capital para desarrollarlo. Propongo crear una comuna, que vayamos allí, nos asentemos, construyamos, dirijamos: que construyamos un pueblo ejemplar; que demos un nuevo modelo para el mundo. Un lugar de trabajo para mujeres y para todo el mundo... ¿Qué dicen?

Por el momento no dijeron nada. Era una gran propuesta. La Directora continuó impaciente:

—No las estoy atando a nada; es una simple propuesta de negocios. Lo que propongo es desarrollar ese pequeño puerto, abrir algunas industrias, etcétera, construir un embalse arriba de todo y regular el suministro del agua, usarlo como fuente eléctrica; tener bonitos huertos y viñedos. Oh, chicas, ¡es California! ¡Podemos construir un pequeño Edén! Y por lo que refiere a la maternidad —miró alrededor con tierna y pausada sonrisa—, ¡no hay un lugar mejor para tener niños!

La Madre, la Enfermera y la Maestra estuvieron enseguida de acuerdo.

—Solamente he hecho un boceto aproximado en mi cabeza —continuó impaciente la oradora—. Necesitaremos tiempo y trabajo para que todo funcione bien. Pero tenemos suficiente capital como para cubrir las primeras dificultades y después debería ser tan sencillo y estable como en cualquier otro lugar, una propuesta práctica, factible; un pequeño pueblo perfectamente natural, planeado, construido y gestionado —su voz adquirió solemnidad— por mujeres, para mujeres ¡y niños! Un lugar que podría ser una verdadera ayuda para la humanidad. Oh, chicas, ¡es una oportunidad única!

Así es como empezó todo.

* * *

La periodista estaba profundamente interesada.

—Ojalá me hubiera podido quedar ese año —dijo serenamente.

—¡Ojalá, Jean! Pero no te preocupes; puedes quedarte ahora. Necesitamos alguien que haga exactamente este trabajo en nuestro pequeño periódico local. No solamente redactar, ¿puedes hacer más que eso, no?

—¡Creo que sí! —respondió Jean efusivamente—. Estuve seis meses en un pequeño periódico rural. Me ocupaba prácticamente de todo, excepto de los editoriales y la composición. Si hay un puesto para mí ¡lo acepto ahora mismo!

Así, la reportera empezó a trabajar en Sumanera, y cada noche subía hasta Sésabia, donde vivía, y poco a poco fue descubriendo todo lo que aquellas mujeres habían hecho, y empezó a preparar pequeños panfletos vívidos con detalladas explicaciones que sentaron las bases para muchos otros tantos pueblos renacidos.

Y esto es lo que hicieron:

La base económica consistía en una gran extensión de tierra que se alzaba desde las colinas de la costa hasta el próspero valle. Dos riachuelos brotaban de los manantiales y bajaban desde el otro extremo del valle hasta la playa a través de estrechos cañones.

La primera inversión en efectivo de la Directora, después de empezar el cableado eléctrico desde la playa hasta las montañas, que hizo posible todo el crecimiento, fue construir un embalse en cada extremo, uno de ellos para suministrar agua potable e irrigación durante el largo verano, y el otro, una piscina y una fuente de energía constante. La planta eléctrica en el arrecife estaba complementada por molinos de viento en la cumbre y molinos de agua en la playa, y a través de ellos suministraban luz, calefacción y electricidad: energía eléctrica limpia y económica. Más adelante instalaron una maquinaria solar que proveía energía adicional, para minimizar el trabajo e incrementar la capacidad de producción.

Para financiar las industrias, y conectarlas con el mundo, tenían, en primer lugar una modesta exportación de frutas en conserva, preparadas exquisitamente, empaquetadas en nuevos envases de fibra, más higiénicos que las latas y más ligeros que el cristal. En las montañas criaron cabras de Angora, y con su lana abastecieron un pequeño molino de suave hilo de alta calidad, y exportaron mantas suaves, ropa tejida y toallas... También plantaron algodón, un algodón magnífico, y seda de la mejor, y su propio molino abastecía sus necesidades principales. Pequeños molinos, hermosos y prósperos, con mujeres vestidas con brillantes atavíos cantando en el telar durante las escasas horas de trabajo. De estos materiales, las diseñadoras y artesanas, ayudadas por las artistas, hacían bonitos ropajes, cómodos, sencillos y resistentes, y año tras año la demanda de vestidos y abrigos de Sésabia aumentaba.

En un rincón descubierto, lejos de las casas, instalaron una curtiduría y de las bien tratadas pieles de sus cabras hicieron variados productos de cuero, guantes, zapatos (los zapatos «Sésabia» se hicieron famosos a todo lo ancho y largo de la región, un zapato que se ajustaba al pie humano, que permitía moverse con libertad y que era agradable a la vista). Muchas de las habitantes llevaban sandalias y también se producían para la venta.

Conservaron cuidadosamente sus altos bosques como tesoros. Crearon un servicio forestal, inspeccionaron toda la zona, y establecieron las mejores tasas de plantaciones y esquejes. Tenían hermosos y ricos jardines, y vendían miel y perfumes destilados.

—Este lugar va a seguir creciendo, no va a deteriorarse —dijo la Directora, pensando en el futuro.

Primero construyeron cabañas sobre suelos secos y cálidos, que pintaros de ricos colores. Más adelante, la Artista, la Arquitecta y la Ingeniera al mando construyeron casas de piedra y madera y revestimientos de papel grueso; fabricaron el hormigón con hojas muertas de palmera y corteza caída de eucaliptus, que crecía con gran rapidez y que estaba plantado por todas partes, y casi cada noche crecía más, como el tallo de judías; casas bonitas, cómodas, limpias como conchas de mar.

La Directora insistía constantemente a sus socias con lo que llamaba «el objetivo fundamental» de su empresa.

—Tiene que ser rentable por sí misma, autosuficiente —dijo—. Si no es capaz de valerse por sí misma, no será imitada como ejemplo. Queremos demostrar lo que un grupo de mujeres es capaz de hacer con éxito. Los hombres pueden ayudar, pero esta vez seremos las mujeres las que dirigiremos.

Entre sus primeras iniciativas fundaron una casa de huéspedes, planificada y organizada principalmente para mujeres y niños. Junto a la pensión construyeron un parque con todo tipo de juegos, gimnasia y danza, con grandes campos y pistas para jugar y un porche para la estación lluviosa.

También tenían un sanatorio, donde la Doctora y la Enfermera agruparon ayudantes, y atendían a pacientes con enfermedades temporales, se ocupaban de los partos y atendían a las visitantes que venían con necesidad de cuidado.

También disponían de una guardería, que pronto se convirtió en jardín de infantes y luego en escuela, y con el tiempo la fama de su tarea educativa se fue difundiendo a lo largo y a lo ancho, y cada vez tenían más solicitudes (Sésabia era un club residencial, y nadie podía vivir allí sin previa admisión).

El pueblo costero, Sumanera, vivía de la industria. En el humilde muelle embarcaba su pequeño barco de vapor, que transportaba pasajeras y suministraba los bienes que no producían. Las habitantes se bañaban y nadaban en las zonas de playa llanas y seguras, y también tenían una piscina cubierta para refugiarse y refrescarse. Había un servicio de transporte de vehículos ligeros que las llevaba de la playa hasta lo alto de las montañas, que llamaron «La Escalera de Jacob».²

El gran plan de la Directora era desarrollar con el capital inicial una planta de trabajo que fuera capaz de valerse por sí misma y dar beneficios; y se sorprendió al comprobar cuán rápido aparecieron los beneficios y cuán considerables eran.

Entonces empezó a llegar gente suficiente, amigos, parientes, y curiosos extranjeros. Esas mujeres no tenían ningún reparo en casarse si era bajo sus condiciones. Y cuando un hombre está suficientemente enamorado, no opone ninguna gran objeción a vivir en un paraíso terrenal y ofrecer su mano para construir una nueva comunidad. Pero los hombres se seleccionaban minuciosamente. Tenían que demostrar que estaban totalmente sanos, ya que uno de los principales objetivos del grupo era la maternidad.

A medida que aumentaba el número de casas fueron llegando cada vez más visitantes, pero como la vivienda (incluso para plantar una tienda) se tenía que solicitar con antemano, no había un exceso de turistas que pudieran popularizar el lugar.

Por lo que refiere al trabajo, no había nadie que no lo ejerciera. Todo el mundo trabajaba en Sumanera y Sésabio, especialmente las mujeres: esta era la primera condición de admisión, y cada ciudadana tenía que estar sana física y moralmente hasta donde pudiera verificarse, y no había desventaja que valiera si no podían ejercer un servicio social. Así pues, tan pronto como conocían el lugar, mujeres profesionales solicitaban entusiasmadas vivir en la comunidad, y se hizo sitio para algunas de ellas, cuantas pudieron. No podían mantener más que unas cuantas médicas, una o dos dentistas y un puñado de enfermeras; numerosas maestras y varias artistas, del tipo más funcional, que creaban arte para el uso de sus vecinas, y unas cuantas servidoras trascendentales que venían de todas partes del mundo y que podían vivir allí, al menos parte del tiempo, y difundían su trabajo ampliamente, como escritoras, poetisas o compositoras.

Pero la mayoría de las personas eran trabajadoras directamente necesarias, los hombres que construían, excavaban y hacían funcionar las maquinarias, las mujeres que hilaban y tejían y

² Génesis 28:12

trabajaban con las flores (o al revés, si así lo querían), y todas aquellas que atendían a las necesidades diarias de la comunidad.

No había sirvientes en el sentido tradicional. Las humildes casas no tenían cocina, solamente un pequeño fuego eléctrico donde quien quisiera podía prepararse café y lo que deseara. La comida se preparaba en grandes e higiénicos laboratorios manejados por unas pocas expertas, bien remuneradas, que conocían bien su tarea. Se hizo un gran progreso en investigaciones sobre nutrición y en la consolidación de una dieta sana entre las habitantes. Aun así, los costos de la comida eran menores que si hubiera estado preparada por un gran número de cocineras inexpertas y mal pagadas trabajando en cocinas en mal estado.

El gran arte de la cultura infantil creció rápidamente entre ellas, desarrollando los mejores métodos educativos conocidos por entonces. Homenajeaban y seguían con acierto las ideas de Froebel y Montessori,³ y con el aumento del conocimiento acumulado por años de observación y experiencia, el pleno desarrollo de la infancia se convirtió al final no solo en un mero ideal, sino en algo real y cotidiano. Las niñas crecían sanas como las rosas con las que jugaban, corrían, saltaban y nadaban y no conocían más que salud, felicidad y la alegría de un aprendizaje inconsciente.

Las dos ciudades crecieron hasta sus límites naturales.

—Debemos detenernos aquí —dijo la Directora al cabo de veinte años—. Si crecemos más, empezaremos a desarrollar las enfermedades de las ciudades. Pero miren nuestra estabilidad económica: hemos recuperado cada centavo invertido, el lugar es totalmente autosuficiente y crecerá económicamente aún más con el paso de los años. Ahora, como las abejas, volaremos juntas hacia otro lugar y empezaremos una nueva comunidad desde cero, ¿qué les parece?

Y así hicieron, empezando otro paraíso terrenal en otro bonito valle, de manera más estable y segura gracias a la experiencia adquirida.

Pero mucho mayor que su inmediato crecimiento fue la difusión de sus ideas, la demostración de la verdad de sus ideas, de que un grupo de humanos podía vivir conjuntamente de manera tan sabia como para reducir las horas de trabajo, incrementar el valor del producto, asegurar salud, paz y prosperidad y multiplicar inconmensurablemente la felicidad humana.

Esto era posible en cualquier lugar del mundo. En cualquier sitio donde el ser humano pueda vivir, podría vivir en mejores condiciones. La base económica podía variar extensamente, pero ahora se sabía que esto era posible donde fuera que hubiera unos pocos centenares de mujeres unidas que combinaran su trabajo para producir riqueza, combinaran su maternidad para asegurar orden, comodidad y felicidad, y en definitiva, mejorar la humanidad.

*“Mira la hormiga, oh gente perezosa,
Mira sus caminos, y sé sabia”.⁴*

³ Friedrich Froebel (1782-1852) fue un pedagogo alemán creador del sistema de jardín de infancias y la educación preescolar. María Montessori (1870-1952) fue una pedagoga y médica italiana que ideó un progresista método educativo basado en motivar el aprendizaje del infante a través de la experimentación y el descubrimiento, en donde el educador es más un supervisor que un maestro formal.

⁴ Biblia; Proverbios 6:6.

Bee Wise

IT'S A QUEER NAME," said the man reporter.

"No queerer than the other," said the woman reporter. "There are two of them, you know—Beewise and Herways."

"It reminds me of something," he said, "some quotation—do you get it?"

"I think I do," she said. "But I won't tell. You have to consider for yourself." And she laughed quietly. But his education did not supply the phrase.

They were sent down, both of them, from different papers, to write up a pair of growing towns in California which had been built up so swiftly and yet so quietly that it was only now after they were well established and prosperous that the world had discovered something strange about them.

This seems improbable enough in the land of most unbridled and well-spurred reporters, but so it was.

One town was a little seaport, a tiny sheltered nook, rather cut off by the coast hills from previous adoption. The other lay up beyond those hills, in a delightful valley all its own with two most precious streams in it that used to tumble in roaring white during the rainy season down their steep little canyons to the sea, and trickled there, unseen, the rest of the year.

The man reporter wrote up the story in his best descriptive vein, adding embellishments where they seemed desirable, withholding such facts as appeared to contradict his treatment, and doing his best to cast over the whole a strong sex-interest and the glamor of vague suspicions.

The remarkable thing about the two towns was that their population consisted very largely of women and more largely of children, but there were men also, who seemed happy enough, and answered the questions of the reporters with good-will. They disclaimed, these men residents, anything peculiar or ultra-feminine in the settlements, and one hearty young Englishman assured them that the disproportion was no greater than in England. "Or in some of our New England towns," said another citizen, "where the men have all gone west or to the big cities, and there's a whole township of withering women-folks with a few ministers and hired men."

The woman reporter questioned more deeply perhaps, perhaps less offensively; at any rate she learned more than the other of the true nature of the sudden civic growth. After both of them had turned in their reports, after all the other papers had sent down representatives, and later magazine articles had been written with impressive pictures, after the accounts of permitted visitors and tourists had been given, there came to be a fuller knowledge than was possible at first, naturally, but no one got a clearer vision of it all than was given to the woman reporter that first day, when she discovered that the Mayor of Herways was an old college mate of hers.

The story was far better than the one she sent in, but she was a lady as well as a reporter, and respected confidence.

It appeared that the whole thing started in that college class, the year after the reporter had left it, being suddenly forced to drop education and take to earning a living. In the senior class was a group of girls of markedly different types, and yet so similar in their basic beliefs and ultimate purposes that they had grown through the four years of college life into a little "sorority" of their own. They called it "The Morning Club," which sounded innocent enough, and kept it secret among themselves. They were girls of strong character, all of them, each with a definite purpose as to her life work.

There was the one they all called "Mother," because her whole heart and brain were dominated by the love of children, the thought of children, the wish to care for children; and very close to her was the "Teacher," with a third, the "Nurse," forming a group within a group. These three had endless discussions among themselves, with big vague plans for future usefulness.

Then there was the “Minister,” the “Doctor,” and the far-seeing one they called the “Statesman.” One sturdy, squarebrowed little girl was dubbed “Manager” for reasons frankly prominent, as with the “Artist” and the “Engineer.” There were some dozen or twenty of them, all choosing various professions, but all alike in their determination to practice those professions, married or single, and in their vivid hope for better methods of living. “Advanced” in their ideas they were, even in an age of advancement, and held together in especial by the earnest words of the Minister, who was always urging upon them the power of solidarity.

Just before their graduation something happened. It happened to the Manager, and she called a special meeting to lay it before the club.

The Manager was a plain girl, strong and quiet. She was the one who always overflowed with plans and possessed the unusual faculty of carrying out the plans she made, a girl who had always looked forward to working hard for her own living of choice as well as necessity, and enjoyed the prospect.

“Girls!” said she, when they were all grouped and quiet. “I’ve news for you—splendid news! I wouldn’t spring it on you like this, but we shall be all broken and scattered in a little while—it’s just in time!” She looked around at their eager faces, enjoying the sensation created.

“Say—look here!” she suddenly interjected. “You aren’t any of you engaged, are you?”

One hand was lifted, modestly.

“What does he do?” pursued the speaker. “I don’t care who he is, and I know he’s all right or you wouldn’t look at him—but what does he do?”

“He isn’t sure yet,” meekly answered the Minister, “but he’s to be a manufacturer, I think.”

“No objection to your preaching, of course.” This was hardly a question.

“He says he’ll hear me every Sunday—If I’ll let him off at home on week-days,” the Minister replied with a little giggle.

They all smiled approval.

“He’s all right,” the Manager emphatically agreed. “Now then girls—to put you out of your misery at once—what has happened to me is ten million dollars.”

There was a pause, and then a joyous clapping of hands.

“Bully for you!”

“Hurrah for Margery!”

“You deserve it!” “Say, you’ll treat, won’t you?”

They were as pleased as if the huge and sudden fortune were common property.

“Long lost uncle—or what, Marge?”

“Great uncle—my grandmother’s brother. Went to California with the ‘forty-niners’—got lost, for reasons of his own, I suspect. Found some prodigious gold mine—solid veins and nuggets, and spent quiet years in piling it up and investing it.”

“When did he die?” asked the Nurse softly.

“He’s not dead—but I’m afraid he soon will be,” answered the Manager slowly. “It appears he’s hired people to look up the family and see what they were like—said he didn’t propose to ruin any feeble-minded people with all that money. He was pleased to like my record. Said—” she chuckled, “said I was a man after his own heart! And he’s come on here to get acquainted and to make this over before he’s gone. He says no dead man’s bequest would be as safe as a live man’s gift.”

“And he’s given you all that!”

“Solid and safe as can be. Says he’s quite enough left to end his days in peace. He’s pretty old.... Now then, girls—” She was all animation. “Here’s my plan. Part of this property is land, land and water, in California. An upland valley, a little port on the coast—an economic base, you see—and capital to develop it. I propose that we form a combination, go out there, settle, build, manage—make a sample town—set a new example to the world—a place of woman’s work and world-work too.... What do you say??”

They said nothing for the moment. This was a large proposition.

The Manager went on eagerly: “I’m not binding you to anything; this is a plain business offer. What I propose to do is to develop that little port, open a few industries and so on, build a reservoir up above and regulate the water supply—use it for power—have great gardens and vineyards. Oh, girls—it’s California! We can make a little Eden! And as to Motherhood—” she looked around with a slow, tender smile, “there’s no place better for babies!”

The Mother, the Nurse, and the Teacher all agreed to this.

“I’ve only got it roughly sketched out in my mind,” pursued the speaker eagerly. “It will take time and care to work it all out right. But there’s capital enough to tide us over first difficulties, and then it shall be just as solid and simple as any other place, a practical paying proposition, a perfectly natural little town, planned, built, and managed—” her voice grew solemn, “by women—for women—and children! A place that will be of real help to humanity.—Oh girls, it’s such a chance!”

That was the beginning.

* * * * *

The woman reporter was profoundly interested. “I wish I could have stayed that year,” she said soberly.

“I wish you had, Jean! But never mind—you can stay now. We need the right kind of work on our little local paper—not just reporting—you can do more than that, can’t you?”

“I should hope so!” Jean answered heartily. “I spent six months on a little country paper—ran the whole thing nearly, except editorials and setting up. If there’s room here for me I can tell you I’m coming—day before yesterday!” So the Woman Reporter came to Herways to work, and went up, o’nights, to Beewise to live, whereby she gradually learned in completeness what this bunch of women had done, and was able to prepare vivid little pamphlets of detailed explanations which paved the way for so many other regenerated towns.

And this is what they did:

The economic base was a large tract of land from the seacoast hills back to the high rich valley beyond. Two spring-fed brooks ran from the opposite ends of the valley and fell steeply to the beach below through narrow canons.

The first cash outlay of the Manager, after starting the cable line from beach to hill which made the whole growth possible, was to build a reservoir at either end, one of which furnished drinking water and irrigation in the long summer, the other a swimming pool and steady stream of power. The powerhouse in the canon was supplemented by wind-mills on the heights and tide-mill on the beach, and among them they furnished light, heat, and power—clean, economical electric energy. Later they set up a solar engine which furnished additional force, to minimize labor and add to their producing capacity.

For supporting industries, to link them with the world, they had these: First a modest export of preserved fruits, exquisitely prepared, packed in the new fibre cartons which are more sanitary than tin and lighter than glass. In the hills they raised Angora goats, and from their wool supplied a little mill with high-grade down-soft yarn, and sent out fluffy blankets, flannels and knitted garments. Cotton too they raised, magnificent cotton, and silk of the best, and their own mill supplied their

principal needs. Small mills, pretty and healthful, with bright-clad women singing at their looms for the short working hours. From these materials the designers and craftswomen, helped by the Artist, made garments, beautiful, comfortable, easy and lasting, and from year to year the demand for “Beewise” gowns and coats increased.

In a windy corner, far from their homes, they set up a tannery, and from the well-prepared hides of their goats they made various leather goods, gloves and shoes, “Beewise” shoes, that came to be known at last through the length and breadth of the land—a shoe that fitted the human foot, allowed for free action, and was pleasant to the eye. Many of the townspeople wore sandals and they were also made for merchandise.

Their wooded heights they treasured carefully. A forestry service was started, the whole area studied, and the best rate of planting and cutting established. Their gardens were rich and beautiful; they sold honey, and distilled perfumes.

“This place is to grow in value, not deteriorate,” said the Manager, and she planted for the future.

At first they made a tent city, the tents dyed with rich colors, dry-floored and warm. Later, the Artist and the Architect and the Engineer to the fore, they built houses of stone and wood and heavy sheathing paper, making their concrete of the dead palm leaves and the loose bark of swift-growing eucalyptus, which was planted everywhere and rose over night almost, like the Beanstalk—houses beautiful, comfortable, sea-shell clean.

Steadily the Manager held forth to her associates on what she called “the business end” of their enterprise. “The whole thing must pay,” she said, “else it cannot stand—it will not be imitated. We want to show what a bunch of women can do successfully. Men can help, but this time we will manage.”

Among their first enterprises was a guest house, planned and arranged mainly for women and children. In connection with this was a pleasure garden for all manner of games, gymnastics and dancing, with wide courts and fields and roofed places for use in the rainy season.

There was a sanitarium, where the Doctor and the Nurse gathered helpers about them, attended to casual illness, to the needs of child-birth, and to such visitors who came to them as needed care.

Further there was a baby-garden that grew to a kindergarten, and that to a school, and in time the fame of their educational work spread far and wide, and there was a constantly increasing list of applicants, for “Beewise” was a Residence club; no one could live there without being admitted by the others.

The beach town, Herways, teemed with industry. At the little pier their small coast steamer landed, bringing such supplies as they did not make, leaving and taking passengers. Where the beach was level and safe they bathed and swam, having a water-pavilion for shelter and refreshment. From beach to hill-top ran a shuttle service of light cars; “Jacob’s Ladder,” they called it.

The broad plan of the Manager was this: with her initial capital to develop a working plant that would then run itself at a profit, and she was surprised to find how soon that profit appeared, and how considerable it was.

Then came in sufficient numbers, friends, relatives, curious strangers. These women had no objection to marrying on their own terms. And when a man is sufficiently in love he sees no serious objection to living in an earthly paradise and doing his share in building up a new community. But the men were carefully selected. They must prove clean health—for a high grade of motherhood was the continuing ideal of the group.

Visitors came, increasing in numbers as accommodations increased. But as the accommodations, even to land for tenting, must be applied for beforehand, there was no horde of gaping tourists to vulgarize the place.

As for working people—there were no other. Everyone in Herways and Beewise worked, especially the women—that was the prime condition of admission; every citizen must be clean physically and morally as far as could be ascertained, but no amount of negative virtues availed them if they were not valuable in social service. So they had eager applications from professional women as fast as the place was known, and some they made room for—in proportion. Of doctors they could maintain but a few; a dentist or two, a handful of nurses, more teachers, several artists of the more practical sort who made beauty for the use of their neighbors, and a few far-reaching world servants, who might live here, at least part of the time, and send their work broadcast, such as poets, writers and composers.

But most of the people were the more immediately necessary workers, the men who built and dug and ran the engines, the women who spun and wove and worked among the flowers, or vice versa if they chose, and those who attended to the daily wants of the community.

There were no servants in the old sense. The dainty houses had no kitchens, only the small electric outfit where those who would might prepare coffee and the like. Food was prepared in clean wide laboratories, attended by a few skilled experts, highly paid, who knew their business, and great progress was made in the study of nutrition, and in the keeping of all the people well. Nevertheless the food cost less than if prepared by many unskilled, ill-paid cooks in imperfect kitchens.

The great art of child-culture grew apace among them with the best methods now known. Froebelian and Montessorian ideas and systems were honored and well used, and with the growing knowledge accumulated by years of observation and experience the right development of childhood at last became not merely an ideal, but a commonplace. Well-born children grew there like the roses they played among, raced and swam and swung, and knew only health, happiness and the joy of unconscious learning.

The two towns filled to their normal limits. “Here we must stop,” said the Manager in twenty years’ time. “If we have more people here we shall develop the diseases of cities. But look at our financial standing—every cent laid out is now returned, the place is absolutely self-supporting and will grow richer as years pass. Now we’ll swarm like the bees and start another—what do you say?”

And they did, beginning another rational paradise in another beautiful valley, safer and surer for the experience behind them.

But far wider than their own immediate increase was the spread of their ideas, of the proven truth of their idea, that a group of human beings could live together in such wise as to decrease the hours of labor, increase the value of the product, ensure health, peace and prosperity, and multiply human happiness beyond measure.

In every part of the world the thing was possible; wherever people could live at all they could live to better advantage. The economic base might vary widely, but wherever there were a few hundred women banded together their combined labor could produce wealth, and their combined motherhood ensure order, comfort, happiness, and the improvement of humanity.

“Go to the ant, thou sluggard, consider her ways and be wise.”